

MARCELO.

Mas que no te hallára.

PAJARES.

Señor amo, nostramo es ido por un garrote.

MARCELO.

¿Para qué?

PAJARES.

Pienso que para engarrotarme.

MARCELO.

¿Por qué?

PAJARES.

Porque no os iba á llamar. Por vida vuestra que si trajere garrote y viéredes que me engarrotea, que os metais en medio.

MARCELO.

Que me place.

PAJARES.

Ya lo trae: quiérole decir que ya no es de menester. Señor, he aqui el amo, deje el garrote.

ESCENA IX.

VERGINIO. PAJARES. MARCELO.

VERGINIO.

¿Es ya venido? Pues tomá vos, porque vais presto cuando os mandáre la cosa.

MARCELO.

Paso, señor, paso.

PAJARES.

Amo, ¿y el concierto?

MARCELO.

Harto le decia, paso, señor.

PAJARES.

Dios le perdone, y á vuesa merced. Estanle diciendo ya no es de menester el garrote, y él no sino sacudir como en costal relleno. Bendito sea Dios.

VERGINIO.

Pues, amo, ¿cómo venís sin aquella moza?

MARCELO.

Señor, entremos en la posada, que allá daré cuenta de todo como me ha acaescido con aquellas señoras, especialmente con la señora abadesa.

VERGINIO.

Vamos.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(Calle.)

FABRICIO. FRULA.

FABRICIO.

Señor huesped, ya os tengo dicho que si despertáre aquel honrado hombre que en mi compañía viene,

y por mí os preguntare, que le digais que soy ido á oír una misa, y á ver otras particularidades deste vuestro pueblo.

FRULA.

¿Y á quién quereis que lo diga, señor? ¿al que parece abad, el que riñó anoche con el mozo sobre el asar de los caracoles?

FABRICIO.

A ese mismo.

FRULA.

¡Oh como es renegado, cuerpo non de Dios conmigo! Pues perdonadme, señor, vuestro padre pensó que era.

FABRICIO.

Antes le tengo en lugar de mas que padre.

FRULA.

¿Sois de aqui?

FABRICIO.

Romano soy.

FRULA.

¿Habeis estado aqui en Módena otra vez sin esta?

FABRICIO.

En mi vida.

FRULA.

Pues catad, señor huesped, que os aviso que vais advertido de la gente de esta tierra, porque es la mas mala que hay en el mundo, en quien hallareis tantos engaños que os asombrarán, y vos sois mozo, no sería mucho engañaros facilmente.

FABRICIO.

Yo lo agradezco; mas decíme, señor huesped, ¿cómo es vuestra gracia?

FRULA.

Señor, Frula me llamo, á servicio y mandado de todos los buenos.

FABRICIO.

Señor Frula, no me engañarán si yo puedo. Haced lo que os tengo rogado, y quedad con Dios.

FRULA.

Id en buen hora.

ESCENA II.

FABRICIO. JULIETA.

FABRICIO.

Por esta calle será bien atravesar. ¡Oh qué bonita moza! A mí parece que viene encaminada.

JULIETA.

¿Qué es esto? ¿Andas de camino, Fabio? ¿Qué hábito es aqueese? ¿Qué es de tu señor?

FABRICIO.

¿Mi señor? ¡Donosa está la pregunta! ¿Si nos vido anoche llegar de camino, y piensa que es mi señor Maese Pedro Quintana? No me maravillo que aun el huesped pensó que era mi padre.

JULIETA.

¿No respondes?

FABRICIO.

Durmiendo queda en el meson. ¿Por qué lo dices?

JULIETA.

¡Mesonero es el tiempo! ¿Cómo andas así medrado? Parece que hate dado tu amo esa capa.

FABRICIO.

¿Mi amo? Mi amo es mi buen dinero.

JULIETA.

¿Ya mandais dineros, Fabio?

FABRICIO.

¿Otro Fabio? Errado me ha el nombre. ¿Eres tú por ventura moza de Frula mi huesped? ¿De dónde me conoces tú á mí?

JULIETA.

¡Ganoso vienes de burlas! Anda ya, ya, mala landre me mate despues de muerta. ¡Para mí, que como dicen soy de Córdoba y nascí en el potro! Mira que te ha menester mi señora, ven presto.

FABRICIO.

Bien me dijo á mí mi huesped, que era diabólica la gente de esta ciudad. Esa debe de ser moza de alguna cortesana, y como me vé extrangero querrá procurar de sacarme algunas blanquillas; mas quiero conceder con ella, aunque no traigo dos reales cabales.

JULIETA.

Acabemos. ¿Qué hablas entre dientes, Fabio?

FABRICIO.

Otro Fabio. Fabricio querrás decir.

JULIETA.

Fabricio ó Fabio: así veo que te llama tu amo y mi señora.

FABRICIO.

¿Por qué calle iremos?

JULIETA.

Por la de oro: como si tú no supieses las calles mejor que yo.

FABRICIO.

Sí, mas no me acuerdo ya.

JULIETA.

¡Miraldo al desatinadico! Estuviste anoche, y no atinas; pues ven conmigo que yo te adestraré.

FABRICIO.

¿Es lejos?

JULIETA.

Es el mal dolor que Dios te dé, amen. ¿Haces del bobo? Sí, sí, tomaldo acuestas, deciros ha mil gracias. Mira, quédate aquí en este canton, que voy á ver qué hace mi señora, que luego salgo á llamarte.

ESCENA III.

FABRICIO.

Mira si lo dije yo, mira si va la señora á ver si está con alguno su ama: porque si tal hay, no faltará un achaque con que me despedir, y sino, ella volverá por hacerme caer con pie derecho; pues mándole yo que harta mala ventura podrá llevar de mí. Quiérome esconder, que gente viene: no quiero que digan que estoy á puerta semejante aguardando tanda, como quien va al molino á moler.

ESCENA IV.

VERGINIO. GERARDO.

VERGINIO.

¿Qué quereis, señor, que os diga? ¿A quién mas que á mí con mas justa razon debe pesar? Pero dejadme topar con ella.....

GERARDO.

Y dígame, señor Verginio, ¿teneis por cosa cierta andar vuestra hija en el hábito que decís? ¿Y de quién lo habeis sabido?

VERGINIO.

¿De quién? Primeramente lo supe de Marcelo, amo mio, que habiéndole yo enviado al monesterio, dijo que allá no estaba, y tambien que fui yo en persona á sabello.

ESCENA V.

VERGINIO. GERARDO. JULIETA.

JULIETA.

¡Jesús! vista soy de mi señor; volveréme. No, que será peor. Sus, que ya la tengo pensada.

VERGINIO.

Vuelve acá, rapaza: ¿pensabas que no te habia visto? Dí, ¿dó dabas la vuelta, hurona?

JULIETA.

Señor, envíame mi señora Clavela á llamar uno de estos cajeros, que le queria comprar no sé qué cuentas.

GERARDO.

¡Jesú, Jesú, qué mentira tan probada! Cajero diz que iba á llamar, señor Verginio: ¿ha visto atravesar por aqui algun cajero?

VERGINIO.

¿Qué, señor? Poco hace al caso, salga á lo que saliere.

JULIETA.

En buen hora, señor, tan claro se oyeron aquellas campanillas que ellos suelen traer, que no dijieran sino vesme aqui.

GERARDO.

Calla, calla, rapaza. Ven acá, ¿qué hace mi hija Clavela?

JULIETA.

Rezando la dejé.

VERGINIO.

¡Tal sea mi vida! Cierta terná mejor juicio que no la mía. ¿Pero qué digo? Hela, hela, señor, no hay mas que decir: topado ha Sancho con su rocin. Llégate, llégate, hija Lelia, que conocida eres.

ESCENA VI.

FABRICIO, Y DICHOS.

FABRICIO.

¿Lelia? Abrenuncio: donosa gente es esta.

GERARDO.

Sea bien venida la señora; digo, el galan. Por Dios que os está bien ese hábito: si yo fuese que vos, nunca me le quitaria.

VERGINIO.

¿Qué es aqueso, hija Lelia? ¿Qué pasos son estos en que andas? ¿Qué devaneo ha sido aqueste? ¿Qué ropa es esa? ¿Por qué no me hablas? Bien sé yo que sabes hablar.

FABRICIO.

¿Decís á mí, hombre honrado?

VERGINIO.

¿Donosa es la respuesta! Dí, ¿búrlaste conmigo?

FABRICIO.

No tengo yo por costumbre burlarme con nadie, especialmente con quien no conozco.

GERARDO.

¡Santo Dios, qué poca vergüenza! ¿Que aun fingirá no conocerte? Toma por ahí: tené gana de casaros con semejantes.

VERGINIO.

Agora, hija Lelia, lo pasado sea pasado, y en lo por venir haya enmienda.

JULIETA.

Cata que es el diablo el buey rabon. Lelia diz que se llama el otro.

GERARDO.

¿Qué dices tú, Julieta?

JULIETA.

Digo que se engañan en buena fé, señores: mejor conozco yo este mocito que á mis propias manos.

VERGINIO.

¿Y tú, de dónde le conoces?

JULIETA.

De mil veces que le he visto con su amo.

GERARDO.

¿Y cómo se llama?

TOMO I.

JULIETA.

Fabio, y Lauro su señor.

VERGINIO.

Lauro? Dejadme topar con él, que yo le enseñaré es bien hecho traer á mi hija en semejantes tratos.

FABRICIO.

Por Dios, no sé qué me diga: esta tierra debe de ser de bárbaros, el uno me toma por extrangero, el otro por muger, el otro por page: no hay quien los entienda.

VERGINIO.

No murmureis, hija, sino andad acá conmigo á la posada, y dad al diablo andar en devaneos ni servir á nadie; basta que sirvais aqui á vuestro marido.

FABRICIO.

Por Dios, si no tuviese respeto á las canas honradas, que yo os enseñase á hablar de otra manera. ¿Qué cosa es marido? ¿Estais en vuestro juicio?

GERARDO.

Paso, paso, cuerpo de mi linaje, señora, que no lo teneis tan acabado, que si aqui no nos quieren, acullá nos ruegan, como dicen.

VERGINIO.

Calle, señor Gerardo, que de alguna cosa debe traer el seso perdido. ¿Qué le parece que hagamos de ella?

GERARDO.

Señor, lo que á mí me parece, que pues mi casa es tan cerca, la arrebateemos y la metamos en mi aposento, y yo haré á mi hija Clavela que se vea con ella: que quizá por ser muger como ella, la hará venir lo bueno y le dará cuenta de toda su mudanza.

JULIETA.

¡Muger es el diablo! No verá mi señora Clavela otros mejores toros, que no salí á otra cosa de casa sino á llamalle.

GERARDO.

¿Qué rezas, Julieta?

JULIETA.

Digo, señor, que á la mano de Dios, que es muy bien hecho, que tambien se holgará mi señora por ser muger como ella.

VERGINIO.

Pues alto, señor Gerardo, echalde mano valientemente como yo.

FABRICIO.

Estad quedos, hombres honrados, por Dios.

GERARDO.

¿Qué cosa es por Dios? tené bien, señor, que no se nos vaya.

JULIETA.

Déjate llevar, asno, que no te van á echar con leones, sino con la mas linda dama que en toda Módena se halla.

FABRICIO.

Paso, paso, señores; que no pienso deberos nada.

GERARDO.

Calla, calla, que allá tienes de ir por fuerza ó por grado: ayuda aqui, Julieta.

JULIETA.

Eso es de gracia, que á mas soy obligada por lo que toca siquiera á mi ama. ¿Coceais? Callá, que vos saldreis manso y el patron quejoso, y mi ama contenta, que es lo mejor.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

(Calle.)

VERGINIO. GERARDO. JULIETA.

VERGINIO.

El mas contento y satisfecho hombre del mundo salgo de casa de Gerardo, solo por dejar á mi hija Lelia en compañía de la suya.

GERARDO.

¿Adónde se puede sufrir un semejante caso y atrevimiento como este, sino en tierra de Guinea? Yo le castigaré al ribaldo tacaño, segun meresce. ¿Qué cumple mas?

VERGINIO.

¡Válame Dios! ¿Qué es aquello?

JULIETA.

¡Ay, señor Verginio! por el amor de Dios que se vaya presto de aqui.

VERGINIO.

¿Cómo, qué ha sucedido?

JULIETA.

Ya lo decia yo, pecadora de mí, que aquel manco era Fabio, criado de Lauro, y ellos que no, sino Lelia.

VERGINIO.

¿Qué dices?

JULIETA.

Digo que mi señor se está armando con determinacion de matar á vuesa merced.

VERGINIO.

No hará, hija.

GERARDO.

¡Asi, que fiándome yo de un hombre de tanta honra, me haya engañado tan malamente! ¡Ah don traidor! ¿aqui estais?

JULIETA.

¡Ay! señor, téngase.

GERARDO.

Déjame, rapaza.